

Dr. D. Mariano J. Herrera. Abt.

ORACIÓN FÚNEBRE

DEL EXCMO. Y RMO. SEÑOR

DR. D. MANUEL GOMEZ-SALAZAR Y LUCIO-VILLEGAS,

ARZOBISPO DE BÚRGOS.



BU
3972
(24)

Sevilla, Calle de la Paloma, núm. 48.

1893.

B.P. BURGOS

N.R. 110.790

N.T. 74418

C.B. 98103



BPE Burgos



3398103 BU 3972 (24)

1098103

BU 3972 (24)



+

ORACIÓN FÚNEBRE

PRONUNCIADA POR

EL R. P. FR. JUAN VICENTE DE JESÚS MARÍA,

PRIOR DEL CÁRMEN DE ESTA CIUDAD DE BÚRGOS,

EL DÍA 4 DE JULIO DE 1893

EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS

QUE

EL EXCMO. CABILDO METROPOLITANO

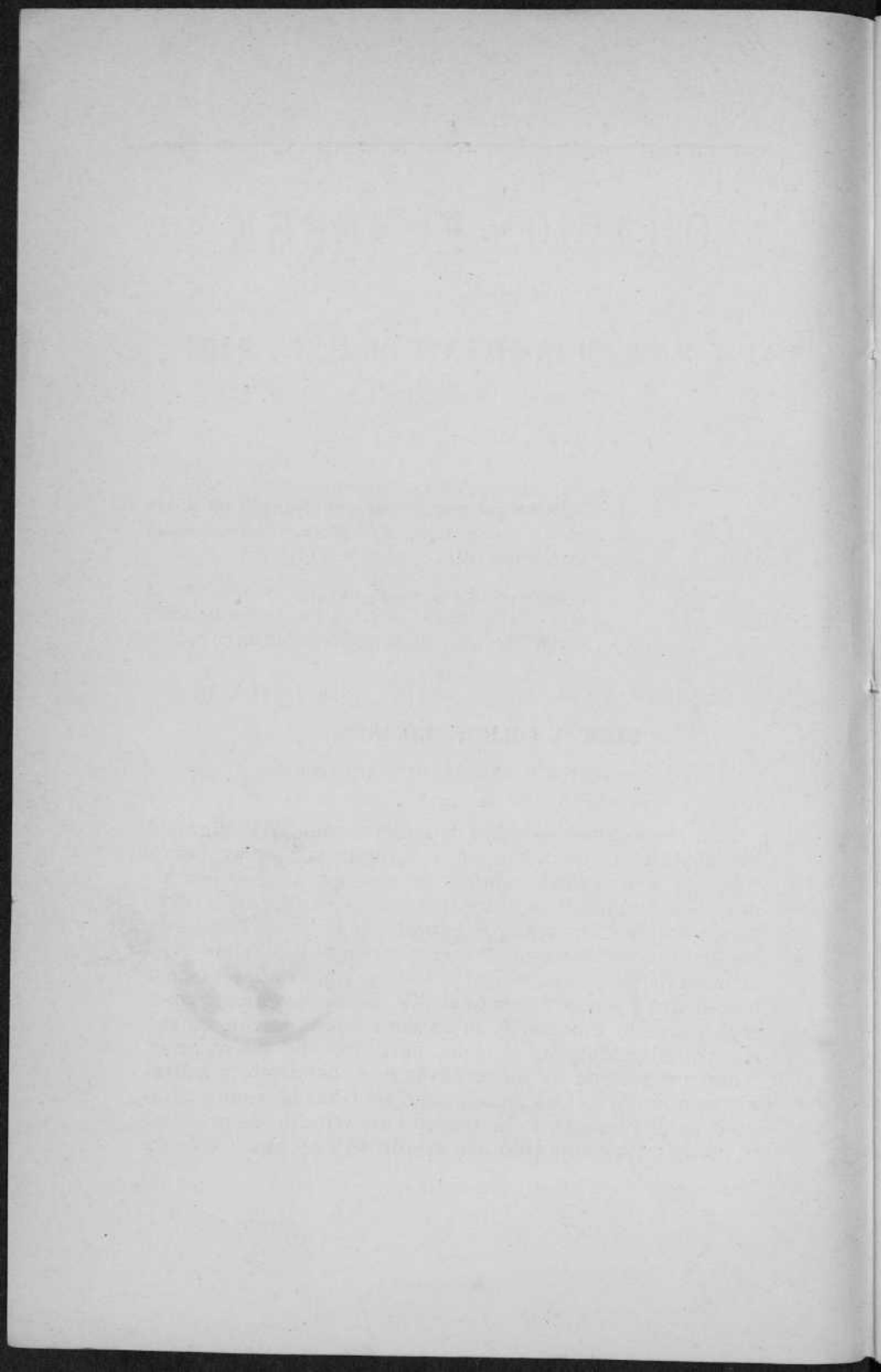
CONSAGRÓ Á SU ARZOBISPO

EL EXCMO. Y RMO. SR. D. MANUEL GOMEZ-SALAZAR

Y LUCIO-VILLEGAS.



Imp. de D. Anselmo Revilla, Paloma, 48.



Beatus qui post aurum non abiit: erit illi gloria aeterna, et eleemosynas illius enarrabit omnis ecclesia sanctorum. (ECCLI., XXXI, 8, 10, 41.)

Bienaventurado aquel que no anduvo tras el oro: será eterna su gloria, y sus limosnas serán encomiadas por toda la congregación de los santos.

EXCMOS. É ILMOS. SEÑORES:

CATÓLICO Y RESPETABLE AUDITORIO:

..... Sí, señores: ¡estamos de enhorabuena! Y lo digo sin hipérbole de ninguna especie, y lo repito por ser expresión llana de una verdad, sublime sí, mas pura: ¡estamos de completa enhorabuena! Vosotros habéis venido á llorar, yo vengo á aplaudir; vosotros habéis henchido las bóvedas y los ámbitos de este augusto templo con el eco triste y lacrimoso del *Requiem aeternam*, tócame ahora á mí entonar con alegre y sonoro acento el *Te Deum laudamus*; vosotros, mirando á la tierra, la hacéis testigo de vuestra pena, yo, fijándome en el cielo, participo de sus alegrías. Vosotros, á vista de un cadáver que descende á solitaria tumba, lo habéis regado con sentidas lágrimas; también yo, lo confieso, le he rendido ese tributo de gratitud y de dolor, he sollozado con vosotros y he dicho acongo-

jado: «hemos perdido á un padre.» Mas luego, retiro mis ojos del sepulcro, los enjugo, los alzo hacia la región etérea, y hé aquí que en aquella sublimidad gloriosa veo..... veo..... ¡oh! veo, católicos, lo que mi lengua balbuciente no es capaz de expresar. Veo un resplandor de gloria indefinible, un nimbo de luz suavísima, un rayo refulgente que oscurece los del sol del mediodía, una aureola deslumbrante que parece vivífico destello de la divinidad, ¡es el alma de nuestro querido Arzobispo! cuya célica hermosura inunda de placer mi corazón, extasía dulcemente mi espíritu, arrebatada y entusiasmo mi alma, y mi pecho emocionado, rebosando alborozo y satisfacción, sólo permite á mi lengua, trabada por el exceso de gozo, exclamar con trasportes de júbilo: ¡Gloria á Dios, su creador! ¡gloria á la Iglesia, su madre! ¡gloria á Burgos, su patria! ¡gloria!..... ¡gloria!.....

Nada más grande ni maravilloso, nada más sabio ni consolador, que los dogmas divinos de nuestra sacrosanta Religión; nada más sólido ni fecundo que ellos en el orden científico y en el orden moral, en el orden político y en el social. Abrazándolos con entereza y tomándolos por guía, el hombre llega á la meta de su perfección y la sociedad alcanza la cumbre de su grandeza; así como, rechazándolos en teoría, ó separándose de su dirección en la práctica, el individuo se degrada y la sociedad se pierde. Pruebas de todo género pueden fácilmente aducirse en demostración de esta verdad, proclamada de consuno por la razón y la experiencia. Sólo una os presentaré, pero auténtica, pero elocuente.

En la mente de todos nosotros palpita hoy, indeleble y vigoroso, el recuerdo del Excmo. Sr. D. Manuel Gomez-Salazar y Lucio-Villegas, y todas nuestras bocas se abren para aclamarle grande, santo, glorioso. Al pié del hermoso pedestal, sobre que se alza radiante la encantadora figura de tan egregio Prelado, agítase, convulsa y espirante, una sociedad desventurada, agobiada, próxima á morir bajo el peso de calamidades sin número y de infortunios sin medida. Hé ahí un hombre venturoso; hé ahí una sociedad perdida. ¿Quién ha encumbrado al primero? La religión. ¿Quién ha perdido á la segunda? La impiedad. ¿Que se deduce de esto? Que no hay felicidad sin religión; que la virtud cristiana ensalza á quien la practica; que, siendo la caridad reina de todas las virtudes, como afirma S. Isido-



ro, (1) el practicarla equivale á sentarse en regio trono de inmortalidad; que, por haberla ejercitado en grado heróico, es digno nuestro Arzobispo de gloria imperecedera, *erit illi gloria aeterna*; que sus dadivosidades, justamente encomiadas por todos los buenos, *et eleemosynas illius enarrabit omnis ecclesia sanctorum*, enseñan al mundo la senda de su bienestar, descubriéndole el secreto de su prosperidad. En una palabra: que la caridad cristiana, heroicamente practicada en beneficio de los menesterosos, ha coronado á nuestro inolvidable Arzobispo con inmarcesible aureola de gloria, y que sus obras de caridad merecen proponerse como elocuentísima lección práctica, indispensable y oportunitísima, para dar solución á la más tremenda de las cuestiones que al presente se agitan en el seno de la sociedad, amenazando ahogarla anegada en torrentes de sangre humana. Tal es la llamada por antonomasia *cuestión social*, cuya única solución está en manos de la Santa Iglesia, porque ella únicamente posee la virtud divina de la caridad, que es la clave de esa solución; ella únicamente puede presentar hijos tan munificos como el Excmo. Sr. Gómez-Salazar, personificación augusta y modelo acabado de la caridad más generosa, desinteresada, dilatada y sublime.

Beatus qui post aurum non abiit: erit illi gloria aeterna, et eleemosynas illius enarrabit omnis ecclesia sanctorum.

Bajo muchos conceptos ha sido grande en vida, y por muchos títulos se nos presenta grande después de su muerte (de mala gana pronuncio esta última palabra) el Excelentísimo é Illmo. Sr. D. Manuel Gómez-Salazar y Lucio-Villegas; y aunque, en la imposibilidad absoluta de celebrar todos sus méritos, he tenido que ceñirme á encomiar su singular caridad, virtud característica en él, séame permitido, no obstante, indicar siquiera la distinguida nobleza

(1) Libr. 2 de Sum. bono, cap. 3, Sent. 3.

de su elevada alcurnia, y recordar que su ilustre ascendencia llega á tocar el trono de Cárlos II en la persona de D. Manuel Lucio-Villegas, tipo cabal del hidalgo castellano y del caballero cristiano, al desempeñar cerca de aquel monarca el honroso cargo de Caballerizo real. Hermano de tan alto personaje fué D. Andrés Lucio-Villegas, catedrático célebre en la afamada Universidad Complutense, que brilló en el firmamento de la ciencia española, cuando Salamanca y Alcalá eran el sol y la luna que iluminaban y dirigían la marcha del mundo literario. ¿Qué extraño que de extirpe tan esclarecida hayan procedido otros dos hermanos, tan beneméritos como los mencionados por su saber y virtud, y mucho más insignes que ellos por su augusta investidura de Príncipes de la Iglesia, distinción que tanto honra á estas, ya de antiguo tan nobles, provincia y diócesi de Burgos, que añaden nuevo lustre á sus legendarios timbres de gloria al ser su nueva prez el dar simultáneamente á la cristiandad española dos maestros al par que caudillos insignes, nacidos ambos bajo un mismo techo y de una misma madre, madre afortunada, acreedora á la veneración y gratitud de tantos millares de españoles? Pero temo ofender á quien debo respetar, y por ser, además, cosa de todos conocida, omito elogios quizá menos oportunos que merecidos.

Fijando la atención en los méritos personales del gran Arzobispo, cuya dulce memoria embarga hoy por completo nuestra mente, y recorriendo, de etapa en etapa, su vasta carrera literaria, desde que en el Seminario Conciliar de San Jerónimo de esta ciudad, por un año, y los dos siguientes en una celdilla de nuestro convento del Carmen, trasformado en colegio de Seminaristas, estudió con lucimiento los tres cursos de filosofía, hasta que en la Universidad de Valladolid obtuvo los grados de Bachiller y Licenciado en Sagrada Teología, conferidos *gratis* por premio á los sobresalientes y adjudicados á él por unanimidad de votos, y en el Seminario Central de Toledo fué laureado de Doctor en Teología y Cánones, y hasta que, más tarde, siendo Rector del Seminario de Valencia, asistió como Teólogo Consultor al Concilio del Vaticano, y, finalmente, á pesar de su humilde resistencia, fué arrancado, por decirlo así, de aquel centro docente, y colocado en

la sede episcopal de Sigüenza, en premio de sus importantes servicios y relevantes méritos; si yo hubiera de detenerme á medir y apreciar los brillantes y agigantados progresos de su portentosa inteligencia; si quisiera avalorar el subido precio de sus luminosas lecciones al regentar, con gran maestría, las cátedras de Hebreo, de Religión, de Lugares Teológicos, de Instituciones Teológicas, de Teología Moral, de Literatura Española, ¡ah! señores, viérame tartamudo para encarecer lo que está muy por encima de mi corto entendimiento, é invertiría demasiado espacio en encomiar dotes y rasgos de ciencia, excelentes sí, y aún asombrosos, mas nunca tan edificantes y prácticos, como los rasgos y dotes de caridad, los cuales, por otra parte, sobrepujaron á todos los demás, dándoles armonía y brillo, y formando un conjunto bellissimo y encantador que caracteriza admirablemente la personalidad del Excmo. Señor Gómez-Salazar, y nos le presenta como un gigante tanto más enbelesador, cuanto sus extraordinarias proporciones se hallan más primorosamente enlazadas, á la vez que divinamente matizadas, con el áureo vínculo y barniz celestial de una caridad sin fondo ni límites, que todo lo agranda, todo lo embellece, todo lo eleva, porque lo santifica todo.

Gran cosa es la ciencia, sobre todo la ciencia teológica, cuya posesión es más estimable que el oro y las piedras preciosas, puro lodo comparadas con la Sabiduría (1). Esto no obstante, si la ciencia se halla sola, no es fecunda más que para el orgullo; *scientia inflat*, dijo S. Pablo (2), *charitas vero edificat*. La ciencia desnuda hace al hombre engreído, petulante, ampuloso y soberbio, nada sólido, nada útil, nada benéfico. Por el contrario, la caridad inclina siempre el corazón á difundirse, á socorrer, á hacer bien á todos. Por eso el Apóstol (3), con el objeto de inspirarnos el modo de ser perfectos en las obras, nos exhorta á hermanar la caridad con la ciencia, para que nuestras acciones nada tengan de defectuosas.

Así lo verificó el esclarecido Prelado cuya memoria celebramos. Admirable fué en sabiduría, pero lo fué mucho

(1) Sapienti VII, 9.

(2) I Corinth. VIII, 1.

(3) Philip. I. 9.

más en obras de caridad; elevó su inteligencia á la cumbre del saber, pero su corazón traspasó todo límite, si límites puede tener la bondad; por su ciencia llegó á ser lumbrera del catolicismo, pero los prodigios de su caridad le acreditaron de padre de todos los desvalidos, y le autorizaban á decir con el santo y heróico Job: *fuí ojo del ciego y pié del cojo, padre fuí de los pobres y consuelo de los tristes.* (1)

Era el año 1879, asaz lúgubre y horriblemente calamitoso para dilatadas comarcas de nuestras provincias de Levante. En Alicante, Murcia y Almería será eterno el horripilante recuerdo de catástrofes sin precedente que las asolaron, sumiéndolas en espantosa ruina, cuando á mediados de Octubre viéronse de pronto convertidas en vasto lago de aguas encenagadas, en cuyo seno hundidos hallaban triste sepultura sus desventurados habitantes. Abrense bruscamente las fauces del abismo, para vomitar agua y más agua; las nubes furibundas se conjuran, y en alas del terror vuelan á reunirse sobre aquellos campos tan fértiles; en un momento fatal, truenos horrisonos, unidos á rayos mortíferos pregonan con estruendosa é imponente solemnidad la hora formidable de un exterminio sin igual, y en aquella hora suprema, el cielo, convertido en torbellinos de agua, se desploma sobre aquellos pueblos, que en un instante desaparecen anegados en un mar inmenso en cuya superficie flotan, traídos y llevados á merced del elemento devastador, y se chocan violentamente troncos de árboles desgajados, trozos de edificios despedazados, cuerpos de animales arrastrados, ¡hasta personas humanas horrorosamente desfiguradas! En vano algunas trepan desesperadamente árboles empinados, ¡no hay refugio! El huracán iracundo bate sus implacables alas por encima y costados, el agua de abajo sube con saña insaciable, sube y más sube, hasta invadirlo todo, ahogarlo todo, destruirlo todo..... Cesa el diluvio, las aguas se retiran, cumplida la orden del Señor; al ruido de la tempestad sigue el silencio de la muerte; la muerte ha sentado allí su negra planta y florecientes campiñas ha trasformado en prolongados ce-

(1) Job, XXIX, 15, 16, 25.



menterios.... Vuelven los fugitivos que pudieron salvarse, y al encontrarse en presencia de aquella lúgubre desolación..... ¡qué horror!..... Al verse la esposa cariñosa ante el cadáver destrozado de su amante esposo; al hallar el hijo tierno la cabeza ¡sólo la cabeza! enlodada y descarnada, de su querido padre; al no encontrar la hija inconsolable ni un resto siquiera de su idolatrada madre; al gemir los niños la falta irreparable de sus padres ¡al mirarse todos mutuamente en medio de aquel espectáculo sin nombre!..... ¡ay!..... no diga que tiene corazón, quien no se conmueva ante escena tan desgarradora.

Apartemos de ella los ojos un momento, para trasladarlos á la ciudad y provincia de Málaga y fijarlos en el venerable Obispo de aquella diócesis, el Excmo. Sr. D. Manuel Gómez-Salazar. ¿Qué hace este Prelado? ¡Ah! Herido su corazón con los ayes lastimeros que parten de los puntos inundados, conmovidas sus entrañas de caridad á vista de tamaña desgracia, toma en mano su pluma pastoral para estampar estas frases de amor, dignas de un Discípulo Amado: «Padre amoroso y Pastor solícito de todos los que gimen agobiados por el peso de inmensos infortunios, sentimos nuestro corazón traspasado de hondo dolor y amarga pena al contemplar las desgracias, la desolación, la completa ruina de nuestros hermanos, los fieles habitantes de las vecinas diócesis de Murcia, Almería y Orihuela..... Ha llegado la hora de obrar con aquella energía y decisión que la caridad impone, que la piedad exige, que el amor fraternal imperiosamente manda, dando de comer al hambriento, proporcionando vestido al desnudo, llevando consolación al triste en todos aquellos pueblos desventurados en que se ha hecho sentir de una manera tan terrible la mano del Señor (1).» Esto dice, y sin pérdida de momento redacta y envía apremiantes circulares al Cabildo, á las Corporaciones, á los particulares, excitando á todos con el vivo estímulo del amor apenado y convocándolos á una reunión general en su Palacio. Málaga toda, fiel á sus tradicionales sentimientos de noble generosidad, acude presurosa al llamamiento de tan querido y caritativo Padre. Este, profundamente emocionado, dirige á sus amados hi-

(1) Boletín eclesiástico de Málaga, 24 de Octubre de 1879.

jos palabras de ternura que conmueven sus corazones, hace se formen en Junta de socorros, y les pide como Padre, como amigo, como Obispo, *una limosna por el amor de Dios*. Mas, aun es poco; su caridad le dice que todavía puede hacerse más, y sin demora, sin reposo alguno, porque no se lo permite su amor, manda nueva urgente circular á toda su diócesis, obligando los corazones de sus hijos con estas palabras de eficacia irresistible: «No desoigáis los ruegos, las súplicas, las importunas querellas de un Padre, de un Pastor Sagrado, de un Obispo de N. S. Jesucristo, que os pide para vuestros hermanos *una limosna por el amor de Dios* (1). Habrían apenas trascurrido veinte días, cuando la piadosa Málaga tendía hacia las tres provincias inundadas, manos generosas cargadas de cuantiosas limosnas en dinero y en especie: limosnas debidas á la paternal solicitud y generoso ejemplo del Excmo. Sr. Gomez-Salazar, cuyo celo y prodigalidad agradecen aún y ensalzarán siempre las numerosas familias por él en tan triste ocasión socorridas con el oro de su peculio y con el amor de su corazón: *eleemosynas illius enarrabit omnis ecclesia sanctorum*.

Hemos admirado, señores, un rasgo de caridad que nos recuerda al gran Apostol S. Pablo. Como aquel solicitó limosnas de los fieles de Corinto para enviarlas á los pobres de Jerusalem, recabó el insigne Prelado de Málaga donativos de sus hijos para trasmitírselos á los hermanos, víctimas de horrorosa inundación. Poseído éste y lleno del mismo espíritu que aquél, agitado su magnánimo corazón por el fuego sagrado del amor, exclamaba enardecido: *Charitas Christi urget nos* (2): nos estrecha, nos obliga, nos impele la caridad de Cristo, que no cabe en nuestro pecho ante la desgracia de un hermano desamparado. *¿Quis infirmatur, et ego non infirmor* (3). ¿Quién de mis hijos sufre alguna pena, que mi amor no me la clave en medio de mi corazón? ¿Qué calamidad llega á mis oídos, que no penetre y lacere mi alma?

(1) Ibidem.

(2) 2 Corint. V, 44.

(3) 2 Corint. XI, 29.

¡Oh Málaga! ¡desventurada Málaga! Gran Padre, gran Pastor, gran Apóstol te ha dado el cielo en tu generoso é ilustre Obispo Sr. Gómez-Salazar, y todo lo habrás menester en fecha no lejana; la paternal providencia del Señor te le depara para sostén y aliento de tus hijos en el día tremendo que ya te se acerca. En aquel día de luto y de espanto, tú llorarás, y él enjugará tus lágrimas; caerás tú desmayada, y él te apoyará con blanda mano; te asaltarán la muerte por medio del hambre, y él, matando tu hambre, salvará tu vida.

A las nueve de la noche del 25 de Diciembre de 1884 entregábase todo el mundo en la capital malagueña á las expansiones propias del hermoso misterio que la Iglesia celebra aquel día; alegres y festivos todos, se hallaban dulcemente embriagados con los tiernos encantos de un Dios hecho niño por nuestro amor, cuando hé aquí que, de súbito, un ruido subterráneo, misterioso y aterrador, ensordece sus oídos y sale de lo profundo acompañado de un espantoso temblor, que hace estremecer las carnes sobre un suelo que se estremece también. El ruido se prolonga, la tierra oscila sacudida por mano invisible, los muebles y objetos todos, las personas mismas, los mismos edificios se desploman y ruedan por los suelos. «En aquellos momentos de espanto, dice uno de los presentes, un grito aterrador se escapó de todos los pechos al darse cuenta de la espantosa situación que nos envolvía, y todos, aun los más descreídos é indiferentes, invocaban el nombre santo de Dios, creyendo llegado el último momento de nuestra existencia, en medio de aquella imponente catástrofe»(1). Consternados los ánimos por lo terrorífico del riesgo, amenazados de muerte por el crujir de los edificios, lanzáronse al campo por no perecer entre escombros, y permanecieron á la intemperie aquella noche y las siguientes, en que los terremotos se repitieron con inusitada frecuencia, llenando de terror pánico los espíritus abatidos por la magnitud de tan siniestros fenómenos. El desaliento se apoderó de todos, se angustiaron los más valerosos y apenas nadie osaba dar un paso.

Entonces fué cuando el insigne Obispo malacitano se presentó entre los suyos cual Moisés entre los cautivos

(1) Boletín eclesiástico de Málaga, 31 de Enero de 1885.

israelitas. Su celo de Apóstol aprovechó tan dolorosa situación para levantar el sentimiento religioso de aquel pueblo, siempre piadoso, pero entonces más dispuesto para acudir á la clemencia del cielo, cuando parecía faltarle la tierra bajo sus piés. Preciosos frutos de salud eterna recogió la prudente vigilancia pastoral del avisado Prelado en ocasión tan singular; pero su tierna caridad para con los indigentes se movió á la par que su celo por las almas. Los desgarradores sollozos de los desgraciados llegaron á su corazón y lo traspasaron de dolor; nuevas y horribles noticias, que de toda la diócesi se recibían cada día, colmaron su pena y lo extraordinario de la tribulación fué causa de que, en vez de abatirse, se erigiera más y más su alma grande, y de que, arrostrando con valor todo el infortunio, decidiera remediarlo todo con los recursos inagotables de una caridad ardiente.

Omnia vincit charitas, dice S. Juan Crisóstomo (1), y mi madre Santa Teresa (2) enseña, que el amor fuerte señorea todos los elementos del mundo y es fuego que acrecienta con la tribulación. Es como el valor indomable de un intrépido soldado, cuyo pecho en medio del combate crece á proporción del peligro. Viéndose el Excmo. Señor Gómez-Salazar en medio de una vasta diócesi sembrada de ruinas por doquier, hallándose cual padre afligido en medio de una familia tan atribulada como numerosa, realizó verdaderos y pasmosos prodigios de caridad, con que regocijó á los cielos, edificó al mundo y atendió á sus pobres hijos. Abrió una suscripción pública, encabezóla con todo el metálico de que disponía, doce mil reales, interesó en secundarla á la prensa y á todo el Episcopado español. Hizo más; con pluma mojada más en lágrimas que en tinta, escribió una carta ¡oh qué carta! digna de estamparse en láminas de oro y la dirigió..... á todo el mundo cristiano capaz de prestarle auxilios. Pocas veces habrá presenciado la humanidad espectáculo más sublime; habrás visto pocas veces levantar un solo Obispo y de una sola plumada el sentimiento más vigoroso y anhelante de caridad cristiana en ambos mundos, estrechándolos á concurrir unánimes á

(1) Homil. 32 super I ad Corint.

(2) Camino de Perfección, c. XIX.

una cruzada de socorros en favor de una diócesis afligida. ¿Qué más sublime ni elocuente, que la espontaneidad y presteza con que católicos del antiguo y nuevo continente respondieron al caritativo llamamiento del gran Obispo de Málaga, apresurándose á enviarle preciosos donativos desde Francia, Inglaterra, Portugal, Italia, Prusia, Babiera, Austria, desde las Islas Filipinas y las Antillas, y aún desde las lejanas repúblicas de Guatemala, el Ecuador, Chile y los Estados Unidos? ¿Qué imán ó qué secreto poseía aquel S. Obispo para atraer tantos millares de corazones, unidos estrechamente á pesar de sus inmensurables distancias? ¡Ah! señores: son maravillas de la caridad cristiana, que, haciéndose toda á todos, subyuga á todos á su ley. Es aquella caridad divina, que, rebotando del corazón abrasado de Jesús, enciende, abrasa y derrite el de su gran siervo Manuel, obligándole á exclamar ante las lágrimas de su pueblo asolado: *Factum est cor meum tamquam cera liquescens in medio ventris mei.* (1)

Su inflamado corazón se derrama, en efecto, cual cera derretida. No satisfecho con una suscripción que produce cerca de dos y medio millones y donativos en especie sin número, no teniendo ya qué dar de su pecunio, pues todo lo había agotado, piensa vender y vende sin demora las mulas de su propio coche, privándose de cosa para él tan necesaria. ¿Pudo hacer más? ¿Hubiera hecho más la caridad de un S. Pablo? Pues aun hizo más la de nuestro héroe. Prévia citación, reunió en su Cámara á las personas más caracterizadas de la ciudad, y hablándoles con palabras que parecían saetas, díjoles, todo enternecido y lloroso: «La desgracia, hijos queridos, es aterradora, y os llamo aquí, para que os organicéis en Junta, con el fin de dar distribución equitativa á las limosnas que, gracias á Dios, nos vienen remitiendo nuestros buenos hermanos de España y de fuera de España. Esta caridad es grande, y el Señor se la pagará á todos; pero aun es mayor nuestra calamidad. Para aliviarla, me he quedado sin dinero y me he desprendido de mis caballerías. Mas todo es poco; la necesidad apremia cruelmente; mis hijos carecen de pan, y yo no tengo qué darles. Excogitando medios, me he

(1) Ps. XXI, 15.

acordado de tres cuadros que poseo de harta valía, y podrían rifarse en beneficio de mis pobrecitos. Ahí los tenéis; rifadlos, y repártase luego su producto.» Estupefactos y llenos de asombro los asistentes, viéronse como cortados, sin acertar á encomiar ni agradecer rasgo tan singular de un Obispo que tanto se excedía al cumplimiento de sus pastorales deberes. Vueltos de su estupor y constituidos en Junta, conforme á los deseos del magnánimo Prelado, resolvieron unánimemente que su primer acuerdo fuese consignar con toda la elocuencia posible el sentimiento de sublime admiración y gratitud profunda que Málaga entera experimentaba ante el proceder nobilísimo de un Padre tan celoso y desprendido como su Excmo. é Ilustrísimo Sr. Obispo. Así empezaron los malagueños á pagar una deuda sacratísima, y digo que empezaron á pagarla, porque nunca acabarán de hacerlo colmadamente, siendo ella tal, que bien mereciera de aquellos algún momento visible, ya que invisible lo conservan todos y cada uno en sus nobles cuanto reconocidos corazones.

Poco tiempo después de haber edificado al mundo con ejemplos de caridad tan heróica, el Excmo. Sr. D. Manuel Gómez-Salazar y Lucio-Villegas era preconizado Arzobispo de Burgos: elevación bien debida á los insignes méritos por él adquiridos durante sus Pontificados de Sigüenza y Málaga. Si sus relevantes prendas personales le hacían recomendable para los primeros puestos de la jerarquía eclesiástica, sus extraordinarios sacrificios por la grey católica eran ciertamente dignos de recompensa, aún en la tierra. La noticia de su promoción inundó de alegría y llenó de esperanzas gratísimas á los hijos de la Iglesia Burgense. Vosotros aquel día os disteis mutua enhorabuena y rendisteis gracias al Señor. Esperabais, deseabais, ansiabais la venida de vuestro Prelado, porque sabíais era un gran Padre de la familia cristiana; y vuestro Padre suspiraba por veros, saldaros y estrecharos tiernamente entre sus brazos. Llegó el momento feliz, y le visteis venir, y vino. ¿Cómo vino? Vosotros visteis que venía en alas de la caridad, en alas del amor. Una vez aquí, le oísteis hablar enseguida; os habló desde este mismo lugar. ¿Y de qué os habló? Vosotros sabéis que os habló del amor y de la caridad. También os escribió una hermosa carta. ¿De qué

trataba en ella? Vosotros la leisteis, y sabéis que trataba..... de la caridad. Desde entonces ha vivido siempre entre vosotros, vosotros conocéis su historia de Arzobispo, conocéis sus hechos, conocéis sus virtudes, y todos, todos sabéis que, adornado como estaba de todas, la caridad ha sido su característica.

Parece debiera yo sellar ahora mis labios y bajar del púlpito, ya que vosotros, como yo, comprendéis haber sido la caridad de nuestro gran Arzobispo superior con mucho á todo elogio humano. Lejos de mí creerme capaz de pronunciar un panegirico perfecto y acabado de tanta virtud y de caridad tanta. Sin incurrir en semejante pretensión, quiero, empero, presentar la conducta de este ilustre campeón de la caridad cristiana, cual modelo insigne que merece ser considerado como tipo del regenerador de la actual sociedad.

Hoy el mundo necesita de padres como el difunto Arzobispo, llenos de generosa munificencia, llenos de inagotable caridad. Es imposible que la sociedad, tal cual hoy se halla, se salve sin el concurso á grande escala de la caridad; pero de la caridad verdad, no de esa caridad mentira, pregonada, prometida y nunca practicada por hermandades filantrópicas adoradoras de la *estrella flámitigera*. No es el *cepillo de la viuda* donde deben depositarse las limosnas, puesto que ese simbólico cepillo no es de los pobres, sino de quienes juegan con su pobreza. La verdadera caridad es patrimonio exclusivo de la Santa Iglesia; sólo la Iglesia, vivificada por el Espíritu Santo, que es amor, puede inspirar é inspira heroismos de caridad como los del Excmo. Sr. Gómez-Salazar, porque sólo la Iglesia engendra sus hijos al calor del espíritu de Dios. Dios es caridad, toda la caridad. ¿Cómo podrán practicar caridad los impíos que obran contra Dios? El hombre con Dios posee cierta omnipotencia y todo se le hace posible: *omnia possum in eo qui me confortat* (1); el hombre sin Dios carece de todo, y nada puede realizar: *sine me nihil potestis facere* (2). Querer, pues, realizar obras grandes de caridad,

(1) Philip. IV, 13.

(2) Joan. XV, 5.

separándose de Dios y de su Iglesia, es pretender un imposible, y porque eso precisamente pretenden los caudillos y guías de la humana sociedad, sucede, y no podía menos de suceder, que esta se siente morir, y muere por falta de caridad cristiana y por sobra de filantropía masonica.

Vuelvan sus ojos los maestros del mundo hacia la Iglesia de Dios, y aprenderán lecciones de sólida y fructífera caridad, verán monumentos imperecederos de beneficencia pública erigidos por la mano de la Iglesia, admirarán sublimes personificaciones de la economía de la caridad, única economía capaz, por su divina fecundidad, de dar solución real á los intrincados problemas que hoy traen en confusa revolución al mundo político, metido en un laberinto cuya salida en vano se busca fuera de *la fe que obra por la caridad* (1) Fijen sus ojos en la Iglesia cuantos de un modo ú otro deban ó deseen contribuir á la pacificación y bienestar de los pueblos, y ella les mostrará vivos dechados á que es preciso imiten, si sus gestiones han de obtener resultado. Ella en este día les propone los magníficos ejemplos de un ilustre finado que pasó por la tierra sembrando beneficios, derramando favores, socorriendo á todos.

¿No es verdad, queridos burgaleses, que esto hizo en vida el que fué vuestro padre amoroso y vuestro decidido protector, el Excmo. Sr. D. Manuel Gómez-Salazar? Consecuente en su largueza, no cerró en esta diócesis la mano que en la de Málaga tuvo siempre abierta. El que allí ofreció su Palacio para hospital, lo convirtió aquí en casa de pobres, el que se despojó allí de su camisa para cubrir al desnudo, no se desdeñó aquí de abrigarse con vestidos rotos; el que allí agotó su peculio en limosnas, lo tuvo aquí siempre al servicio del indigente, y jamás nadie le pidió socorro que él se lo negase, siendo dueño de un céntimo.

Su corazón era tan dilatado y compasivo, que cabía en él toda miseria; su celo tan intenso y activo, que no perdonaba trabajo ni rehusaba fatiga, con tal de hacer bien á los suyos. Y á la vez era tan discreto este su celo pastoral y tan previsor y recto en lo tocante á los bienes de la dióce-

(1) Galat. V, 6.

sis, que, destinados al provecho de sus ovejas, procuraba asegurarlos para utilidad de todas, aumentarlos por todos los medios posibles, y distribuirlos con exquisita prudencia, asesorándose del Cabildo y velando por que en este ramo se observase puntual conformidad á las conveniencias y necesidades de sus súbditos. Tenía cifrado su paternal anhelo en conseguir que sus amados hijos disfrutasen de exuberante salud y dicha espiritual y corporal. Este era el constante afán de su apostólico espíritu, dispuesto siempre á practicar sin demora cuanto de lejos ó de cerca á ello condujese. Testimonio clarísimo de este su dominante deseo son, á no dudarlo, sus repetidas Cartas Pastorales, escritas á impulsos del ansia más cordial y vehemente de conducir á sus amadísimos hijos por la senda de la salvación, como lo prueba evidentemente el tono de profunda y vigorosa convicción que palpita en todas y cada una de sus páginas.

Fijad vuestros ojos en esta ciudad, tended vuestra mirada por toda la archidiócesi, se os presentarán doquier monumentos insignes y familias innumerables atendidas por su inagotable liberalidad, que con elocuencia insuperable os dirán que el difunto Prelado era un santo, porque jamás miró el oro sino para darlo, porque nunca se fijó en sus tesoros, y sí sólo en ajenas necesidades, para remediarlas con desusada generosidad, mereciendo así que, además de la gloria con que el Señor habrá ya premiado en el cielo sus larguezas, canten en la tierra sus hijos y celebren todos con efusión las obras grandiosas de su invencible caridad: *beatus qui post aurum non abiit: erit illi gloria aeterna, et eleemosynas illius enarrabit omnis ecclesia sanctorum.*

Mirad al Seminario, á la Merced, al Carmen; mirad á los Asilos, á las Conferencias, al Círculo de Obreros; escuchad á los Misioneros de S. Vicente de Paul, á los Hermanos Maristas, á las Religiosas del Niño Jesús, á las Concepcionistas de la Enseñanza, á las Hermanas del servicio doméstico, á las Salesas, y aún á todas las Comunidades de la ciudad; ampliad la vista y fijadla, en San Pedro de Cardeña y en Santo Domingo de Silos, en el Santuario de Montesclaros y en el Colegio de Miranda; mirad á todas partes y escuchad á todas las personas: tales y tantos rasgos veréis, tantos y tales testimonios oiréis, que el asombro cautivará vuestro

corazón y os obligará á exclamar: ¡gloria sin fin á Prelado tan insigne! ¡loor eterno á tan heróica caridad!

Et nunc, reges, intelligite: erudimini qui judicatis terram. Hé aquí, señores, un santo héroe, que ha merecido bien de la religión y de la patria. Hé aquí un personaje providencial, cuyos hechos son alta y elocuente lección para todos los hombres de autoridad y gobierno. Todos podemos y debemos aprender de él el ejercicio de la más perfecta caridad, en cuya práctica está la meta de nuestra perfección, segun San Pablo. Mas la caridad no es simplemente una virtud individual; es, además, virtud altamente social, y tan necesaria para la felicidad de las naciones, que sin ella es imposible hacerlas felices; es más, sin ella la sociedad no puede subsistir.

Esta es hoy víctima de cruel agonía, por haberse resfriado la caridad. Menester es decirlo claramente, porque la enfermedad no se cura con ocultarla. «En las crisis supremas, escribía á la Reina de España nuestro gran Donoso Cortés, elocuente hasta en sus cartas, en las crisis supremas, y suprema es la crisis en que está metida la Europa, no hay nadie que no tenga el derecho y hasta cierto punto el deber de decir la verdad franca y sencillamente con una voz á un mismo tiempo respetuosa y austera.» (1) «El derecho de hablar y de enseñar á las gentes, continúa el insigne repúblico, que la Iglesia recibió del mismo Dios en las personas de los Apóstoles, ha sido usurpado, con menoscabo de la grandeza española, por un tropel de periodistas oscuros y de ignorantísimos charlatanes. El ministerio de la palabra, que es al mismo tiempo el más augusto y el más invencible de todos, como que por él fué conquistada la tierra, ha venido á convertirse en todas partes, de ministerio de salvación, en ministerio abominable de ruina. Así como nada ni nadie pudo contener sus triunfos en los tiempos apostólicos, nada ni nadie podrá contener hoy sus estragos. La palabra ha sido, es y será siempre la reina del mundo. La sociedad no parece por otra cosa, sino porque

(1) Carta á S. M. la Reina Madre Doña María Cristina de Borbón.— Paris 26 de Noviembre de 1851.

ha retirado á la Iglesia su palabra, que es palabra de vida. Las sociedades estan desfallecidas y hambrientas, desde que no reciben de ella su pan cotidiano. Todo propósito de salvación será estéril, si no es restaurada en su plenitud la gran palabra católica.»(1)

He recitado este magnífico trozo del elocuentísimo orador y experimentado estadista español, para que por él comprendáis una vez más, que, pereciendo la sociedad sólo por haber retirado á la Iglesia su palabra, sustituida por el clamoreo incesante de periodistas desconocidos, si esa sociedad se ha de salvar, es preciso que cese el caso lamentabilísimo que estamos viendo, y es, que se escucha con menos prevención ¡cosa increíble entre cristianos! y se da más fe al dicho de un redactor de periódico, que á la predicación sagrada del sacerdote, cuyas enseñanzas, no pocas veces, suelen ser censuradas con acritud y aún rechazadas con desdén, y esto en materias de religión y de conducta moral, por católicos que, seguramente, no deben de saber lo que se hacen. Entended, católicos, entended, que, según el testimonio que acabáis de oír y según la verdad, sin el auxilio de la predicación católica, no sólo no es posible llevar á cabo, pero ni empezar siquiera, la obra de la restauración social, que tanto ansiamos, y que, por consiguiente, es necesario, es indispensable, que á ella contribuyamos y de ella os hablemos nosotros los sacerdotes y predicadores, ejecutores natos del ministerio de la *gran palabra católica*, que es preciso restaurar *en su plenitud*, según el ilustre Donoso, para que ella restaure á la sociedad.

La sociedad se halla presa de una enfermedad verdaderamente temible, cuyos síntomas aparecen por todas partes con caracteres harto alarmantes. «Esa enfermedad que es contagiosa, que es epidémica, que es única, se reduce á una sublevación universal de todos los que padecen hambre, contra todos los que padecen hartura.» (2) Su diagnóstico la califica de cuestión social ó socialismo. Su receta de curación prescribe, como medicina infalible, la caridad á grandes dosis. Versando, pues,

(1) Donoso, *ib.*

(2) Donoso, *ib.*

mi discurso sobre esta misma caridad, maravillosamente personificada en nuestro inolvidable Sr. Arzobispo, no está fuera de mi tema, servirá más bien para su mejor desarrollo, el repetir aquí un periodo verdaderamente magistral del mismo habilísimo orador, (1) cuya cita, de seguro, por lo sabrosa, os parecerá corta. «El socialismo debe su existencia á un problema, humanamente hablando, insoluble. Se trata de averiguar cuál es el medio de regularizar en la sociedad la distribución más equitativa de la riqueza. Este es el problema que no ha resuelto ningún sistema de economía política. El sistema de los economistas políticos antiguos iba á parar al monopolio por medio de las restricciones. El sistema de los economistas políticos liberales va á parar al mismo monopolio por el camino de la libertad, que produce fatal é inevitablemente ese mismo monopolio. Por último, el sistema comunista va á parar al mismo monopolio por medio de la confiscación universal, depositando toda la riqueza pública en manos del Estado. Este problema, sin embargo, ha sido resuelto por el catolicismo. El catolicismo ha encontrado su solución en la limosna. En vano se cansan los filósofos, en vano se afanan los socialistas: sin la limosna, sin la caridad no hay, no puede haber distribución equitativa de la riqueza. Sólo Dios era digno de resolver ese problema, que es el problema de la humanidad y de la historia.

«La Iglesia, señores, es admirable para todo; pero lo es principalmente para servir de medianera entre los pobres y los ricos. En la gran clase menesterosa hay una zona superior, una zona media y una zona ínfima, como en las clases superiores hay una aristocracia, hay una clase media, hay una plebe; la aristocracia de la miseria está compuesta de colonos; la clase media, de obreros; la plebe, de mendigos. Pues bien: la Iglesia dió á cada una lo que cada una necesitaba; á los colonos les dió tierras, y los hizo propietarios; para los obreros sembró de monumentos la Europa; para los mendigos tuvo pan, y á ninguno dejó morirse de hambre.

«En donde más resplandeció la caridad de la Iglesia, fué en España. España ha sido una nación hecha por la

(1) Discurso sobre la situación de España, pronunciado en el Congreso el 30 de Diciembre de 1850.

Iglesia, formada por la iglesia para los pobres; los pobres han sido en España reyes. Los que eran colonos tenían tierras perpetuamente con un censo ínfimo y eran en realidad propietarios. Todas las fundaciones piadosas que había en España eran para los pobres. Los jornaleros tenían con qué dar pan á sus hijos con los jornales que ganaban en los gloriosos y espléndidos monumentos de que está llena la España. ¿Qué mendigo no tenía un pedazo de pan, estando abierto un convento?

«Pues bien, señores; la revolución ha venido á trastornar todas las cosas. Con el despojo de la Iglesia subió la renta de la tierra; con la supresión del diezmo hubo una nueva y más alarmante subida. De esta manera, el movimiento de ascensión que imprimió el catolicismo á las clases menesterosas, ha sido convertido por la revolución en un movimiento descendente. Los colonos, oprimidos por la renta enorme que pagan, pasan en tropel, de la clase á que pertenecen, á la clase media de los obreros. Los obreros, á su vez, con el gran aluvión de colonos que les viene, van pasando continuamente á la plebe, compuesta de mendigos. Los mendigos, por último, acaban sus días de miseria y de hambre. ¡Ved ahí, señores, por un lado, la obra de la Revolución; por otro, la obra de la Iglesia!»

Mucho y muy bueno pudiera aun decirse en prueba de que, si, como el Apostol afirma, (1) la codicia es raíz de todos los males, la caridad, según añade S. Agustin, (2) es principio de todos los bienes; mucho y muy bueno pudiera añadirse todavía para demostrar que, como advierte S. Cipriano, (3) la caridad, que considera y trata á todos como á hermanos queridos, es vínculo suave y fundamento sólido de paz pública, por cuanto, según lo nota S. Gregorio, (4) posee ella la propiedad de unir lo dividido, de ordenar lo confuso, de estrechar lo ordenado y de consumir lo imperfecto; de donde, si todos los hombres se amasen como Cristo manda, asegura S. Juan Crisóstomo, (5) se habrían

(1) 1 Timoth., VI, 10.

(2) Tract. 8, super Ep. Beati Joan, c. 4.

(3) De bono patientiæ, cap. 6.

(4) Epist. 5 ad Joan. Episc. Constantinop.

(5) Homil. 32, super I ad Corint.

acabado en la sociedad los rencores, las rivalidades, las guerras, los atropellos, las sediciones, las injusticias, los fraudes, todos los males se habrían evitado y se habría olvidado hasta el nombre de ellos.

Mas comprendo que he abusado harto de vuestra benevolencia. Dispensádmelo, y voy á concluir, manifestándoos un acto de generosidad verdaderamente heroico y extraordinario, que sólo el sentimiento de una caridad sin límites pudo inspirar á la preciosa alma del magnánimo sobre toda ponderación. Exemo. Sr. Gómez-Salazar: acto asombroso, ignorado aún de vosotros y sabido por mí y oído de su boca en uno de los últimos días de su edificante vida.

Era el 2 de Junio. La nervosa complexión física del Sr. Arzobispo se hallaba empeñada en mortal lucha con una enfermedad más nervosa todavía. Puesta su salud en riesgo inminente, la ciencia lo declaró con cristiana sinceridad; los familiares del augusto enfermo, con solicitud igualmente cristiana, dejándose de vanas y fererarias dilaciones, apresuránrose á practicar cuanto situación tan grave requería. Señalado yo para indicar á S. E. I. la necesidad de verificar las supremas disposiciones propias del caso, hube de llenar tan triste cometido, sin que ni lo serio del encargo ni lo delicado de su ejecución me hicieran perder un instante. En momentos tan críticos y solemnes, cuando delante del mortal se ve abrir la puerta de la eternidad, y el destino, el misterioso, el irresistible destino, le obliga á entrar por ella, es impiedad, es crueldad, ocultar al enfermo el paso soberano que va á dar, exponiéndole á que, por darlo sin la necesaria preparación, lo yerre, y pague su yerro en el crisol eterno.

Pero fijémonos junto al lecho de nuestro venerable enfermo. Con veladas y significativas palabras le insinúo la gravedad de su situación, le hablo de la confesión general, del santo Viático, del testamento. Todo lo comprende su claro entendimiento, todo lo acepta su resignado corazón. En frases que respiran heróica religiosidad descubre el gran fondo de su tiernísima devoción, y añade las siguientes preciosísimas palabras que os pido las escuchéis con filial piedad, puesto que imprimen gloriosísimo sello de oro á una vida consumida en obras de caridad, y muestran la grandeza inmensurable de un corazón que en nada repa-

ra y todo lo sacrifica y quisiera sacrificarse á sí mismo, por conseguir la salvación eterna de sus hermanos, los hombres todos del universo. «Quiere Vd. indicarme, me dice, que debo otorgar testamento: el caso es, que apenas me queda de qué disponer. En mi reciente viaje á Roma puse en manos del Padre Santo, con destino á la propagación de la fe por el universo, cuanto, vendiendo mis bienes, pude reunir, y le dí—¿será falta de humildad decir cuánto le dí?—nó, Excmo. Señor—pues le dí un millón de reales, y ahora quisiera tener algo para destinarlo á mandas pías, y apenas me queda más que algunós papeles en la biblioteca y estos muebles de uso ordinario.»

¡Alabado sea Dios! ¡alabado sea Dios! Rasgo semejante no admite encarecimientos; es por sí más elocuente que todas las elocuencias. ¡Sea Dios alabado por siempre! que así se digna presentar á la humanidad dechados tan perfectos de caridad, que la asombran con heroísmos de generosidad sobrehumana, á la par que la instruyen sobre los medios de evitar sus grandes desgracias y de alcanzar su felicidad verdadera. Hé aquí un hombre de corazón más dilatado que las inmensidades de la tierra; hé aquí un santo Prelado, que, viviendo para otros, ha conquistado corona de gloria para sí: *erit illi gloria aterna*; hé aquí un Padre dadivoso, que, muriendo en la mayor pobreza, se ha hecho digno de elogio universal: *et eleemosynas illius enarrabit omnis ecclesia sanctorum*.

Gózate, Iglesia santa, de haberle criado al calor de tu regazo maternal con la leche suavísima de tu caridad; gózate, querida España, de haber participado de sus bondades, de haber presenciado sus ejemplos, de haber recibido lecciones de una virtud que tanto necesitas; gózate, tú, más que nadie, católica Burgos, porque tú, después de haber sido su cuna, has merecido ser el objeto preferente y testigo presencial de su prodigiosa caridad, cuya virtud, así como las demás de que tu gran Prelado se hallaba adornado, se aquilatava y progresaba á medida que trascurrían sus años, llegando al fin á perfeccionarse y dilatarse tanto, que abarcara entre sus brazos el mundo entero.

Triunfo es este señaladísimo de nuestra santa y santificadora Religión, madre fecunda de hijos tan esclarecidos en letras y virtud; triunfo inestimable, que ciñe á la Iglesia

con aureola de gloria, que corona las sienes de este su hijo con guirnaldas de inmortalidad, y á nosotros sus siervos, doloridos de su pérdida, nos alienta y consueta con el recuerdo dulcísimo de su dicha interminable. *Beatus qui post aurum non abiit*. Feliz y bienaventurado quien no haya jamás fijado su corazón en el oro y en los tesoros; así lo asegura el Eclesiástico, y pregunta en seguida: *quis est hic, et laudabimus eum?* ¿quién es, dónde podrá hallarse hombre alguno de tan excepcional condición, digno por ella de loor y de gloria? ¡Oh Burgos! á tí te corresponde contestar á esta pregunta. Contéstale, pues, y dile, que es el Excmo. Sr. D. Manuel Gómez-Salazar y Lucio-Villegas; contéstale y dile, que está aquí, en medio de su pueblo que le adora y le ensalza; ó si no, para expresarlo mejor, contéstale y dile, que está..... en el cielo. ¡Allí le veamos todos!



